
XXXXI

El templo católico

Discurso pronunciado en la Iglesia de los SS. Corazones,
en la ceremonia de su inauguración el 21 de Junio
de 1886.

*Elegi enim, et sanctificavi locum
istum, ut..... permaneant oculi
mei, et corneum ibi cunetis die-
bus.*

*Lib. II de los Paralipómenos,
cap. VII, v, 16.*

Exmo Señor: (1)

Señores:

El Universo es un magnífico Templo, en cuyo vasto recinto cantan millares de voces la gloria de su Autor.

El himno matinal de las aves, la graciosa sonrisa de las flores, el triste balido de las ovejas, la inquieta alegría de los corceles, el dulce gemido de la paloma, en el nido de sus amores, el espantoso rugido de las fieras, el suave murmullo de los arroyos, la bulliciosa al-

(1) S. E. el Presidente de la República, D. Andrés A. Cáceres.

gazara de las casadas, la poderosa vos de los huracanes y la aterradora tempestad, que agita y tormenta las profundidades del Océano, como si fuera un gigante embravecido por la cólera, forman, señores, un armonioso concierto de alabanzas al Señor de cuanto existe

El hombre es el Pontífice augusto de este culto universal. En la tienda viajera del desierto ó en la rústica cabaña del pastor; en el fondo del valle ó en la cumbre de la montaña, eleva al Cielo sus manos suplicantes, recoge en su espíritu los écos de todos los cánticos del Universo, y arrancando del harpa misteriosa de su corazón las más sublimes notas de amor y gratitud, exclama, en nombre y representación de la Creación entera, ¡A ti solo Señor, se debe todo honor y toda gloria!

Asi fué, señores, en la edad primitiva del mundo, hasta que plugo á Dios escoger un pueblo, para hacerlo depositario de sus promesas, teatro de sus misericordias y objeto predilecto de su corazón.

En el seno de ese pueblo, se alzó, señores, el primer templo á la gloria de Jehová; y fué el rey pacífico, el rey sabio, el rey grande quien lo dedicó al culto de la Divinidad.

Sobre las ruinas de este templo, mil veces profanado, se levantaron, en todos los ámbitos del mundo, los templos cristianos, que fueron, al principio, las catecumbas de Roma, asilo de la oración y cuna del martirio; las casas de los cristianos, convertidas por la piedad en santuarios; y por último, cuando la cruz victoriosa brilló, radiante de gloria, en la corona del Imperio, las inmensas basílicas y catedrales, honor de la civilización cristiana, himno de piedra cantado por las artes á la majestad del Altísimo y monumento inmortal de la dominación de la Iglesia sobre el mundo.

A inaugurar un templo cristiano habéis venido hoy, Excmo Señor, Noble conducta y digno ejemplo del

Jefe de una Nación, que es católica, antes que todo y sobre todo. Yo os felicito, por ello, Excmo. Señor, porque nunca son más grandes los que mandan que cuando se anonadan, ante la única y soberana grandeza de Dios. Os lo agradezco, también, en nombre de la Religión, porque vuestra presencia, en esta solemnidad augusta, es la justa recompensa de los nobles esfuerzos y valiosos sacrificios de una Congregación ilustre, igualmente meritoria de la Sociedad y de la Iglesia, que ha convertido la antigua iglesia de la Recoleta, santificada con las lágrimas y las penitencias de un Santo, en el actual templo de los Sagrados Corazones.

Modestos obreros, dirigidos por un hábil y generoso arquitecto, que habéis construido este grandioso edificio; abnegados cristianos, que habéis contribuido con vuestras limosnas; miembros de la prensa, que habéis estimulado y aplaudido los progresos de esta obra, tan religiosa, como patriótica; Señoras y Caballeros distinguidos, que realzáis, con vuestra asistencia, esta alegre fiesta de la Religión; pueblo entero de Lima, que después de llorar sobre las calcinadas ruinas de este templo, has acompañado su restauración con tus aspiraciones y tus plegarias, y participas, hoy, vestido de gala, de las primicias de su gloria; vosotros todos, y en primer término la Beneficencia de Lima y el Supremo Gobierno, cuantos habéis cooperado á la realización de esta santa obra, alabad á Dios por sus misericordias; y uniendo vuestras voces á la voz celestial que parte del Trono del Cordero, exclamad: "He aquí el tabernáculo de la Divinidad; aquí habitará el Señor, en medio de los hombres; ellos seran su pueblo y él será su Dios".

Y aquí tenéis, señores, indicado ya todo el plan de este discurso. Los templos cristianos son el arca santa de la nueva ley, en que el hombre ofrece sus sacrificios y Dios pronuncia sus oráculos, brotando de este íntimo

comercio la inmensa germinación de todas las virtudes; son el santuario de la oración; la escuela del Cristianismo; el taller divino en que se purifican, labran y pulen las almas para ser colocados, como piedras vivas, en el templo inmortal de la eterna gloria.

¡María Inmaculada! Trono augusto de la Sabiduría; templo vivo del Verbo encarnado, recibe mi humilde y fervorosa plegaria—Ave María

Cuando Salomón, fiel á las promesas de David y cumpliendo la voluntad del Señor, edificó el templo de Jerusalén y quiso dedicarlo al Dios de sus padres, desplegó, señores, todo el aparato de una magnificencia real.

Hasta entonces, no había alumbrado el Sol una ceremonia tan augusta. Imaginaos, señores, el brillante cortejo en el que ocupan su respectivo lugar los levitas, los sacerdotes y los pontífices, con sus ricas vestiduras de oro, plata y piedras preciosas; los jefes de las tribus y los magistrados del pueblo; los capitanes y los guerreros de Israel coronados por la victoria y al rey Salomón, rodeado de su corte y aclamado por esa inmensa posteridad de Abrahán, ébria de entusiasmo; imaginaos la magnificencia de este espectáculo, sin rival en la historia, en el momento en que la regia y triunfal comitiva invadió el recinto del inmenso edificio, y se exhaló de los incensarios el humo del incienso y de los vasos de oro el aroma de los perfumes; y regó la tierra la sangre de las víctimas y resonaron en la montaña y en los valles los cánticos de júbilo y los armoniosos conciertos de millares de instrumentos; y descendió del cielo un fuego purificador, que iluminó el templo y consumió los holocaustos; y la magestad del Señor llenó las sagradas bóvedas; y el Rey, de pié, en

medio del atrio despojado de la diadema real, ofreció sacrificios al Señor; el cual le dijo: “He oído tu oración; cuando brille fulgurante y terrible sobre las ingratitudes de este pueblo la espada de mi justicia, desarmaré mi cólera, si dirige hacia mí sus plegarias, en este lugar santo, porque lo he elegido y santificado para que permanezcan en él para siempre las miradas de mis ojos y los afectos de mi corazón”

¡Ah! señores: toda esta pompa, toda esta gloria, toda esta grandeza desaparecieron, para siempre, cuando cesaron las hostias y los sacrificios; cuando se extinguió el sacerdocio entre las ruinas de su templo; cuando el pueblo rey perdió sus reyes y fué esclavo, se dispersó por el mundo y fué el ludibrio de las gentes; sólo ha quedado viva la promesa de Dios, que tiene su cabal cumplimiento en los templos cristianos, en que el hombre ora, Dios lo escucha y se engendra la santidad por la acción combinada de la oración y de la gracia.

Todo lugar es de oración, pero los templos lo son en particular—En ellos, se hace la oración en común—Oráculo del Salvador.—Ejemplo de Jonás—Ejemplos de Josué, de S. Pedro y de S. Juan, de la Iglesia primitiva en favor de S. Pedro, de los apóstoles en el Cenáculo—Sobre todos estos ejemplos está el de J. C.—Abandonaba el retiro de su casa para ir al Templo—Dejó á sus padres, por estar en el templo—Todos los días iba al templo—Sus grandes milagros los hizo en templo—Por qué esta eficacia de la oración en el templo—Por la ley de la solidaridad—Ignorancia de la incredulidad—Ventajas de la oración común—Gemidos de los justos—Castos suspiros de las vírgenes—

Lágrimas de los penitentes—Unión de oraciones del soberano y del pueblo, del sacerdote y del laico, del pecador y del justo, en que el fuerte lleva al débil, el poderoso al necesitado —Ejemplo de actualidad.

En el templo, Dios nos habla y nos instruye, de todas maneras—Pila de agua bendita—Señal de la Cruz—Cátedra sagrada—Tribunal de la penitencia—Altar Santo—Tabernáculo—Misa eucarística—Reliquias de los Santos—Viacrucis—Sol de la Eucaristía que ilumina á todo hombre que viene á este mundo—Non est qui se abscondat á calore ejus—

Lugar de santificación, por la asistencia de los ángeles y la intercesión de los santos—Ángeles de los patriarcas—Ángeles del templo—Ángeles de Belén—Intercesión de la Virgen—De los Santos—Se concluye con la visión de San Juan en el Apocalipsis.



XXXVII

La santidad del matrimonio

Alocución pronunciada con motivo del matrimonio de don Augusto Olavegoya con doña Elisa Kruger, celebrado en el templo de Belén, el 27 de enero de 1887. (1)

Señores:

Sólo el Cristianismo ha comprendido y exaltado la santidad del Matrimonio.

Fuera de esta Religión divina, hallaréis, siempre y en todas partes, la poligamia, el divorcio y el repudio; la degradación de la mujer y la esclavitud del niño; pero en su fecundo seno, germinan y se desarrollan la dignidad de la esposa, el respeto debido á la niñez y la

(1) El Secretario de la Real Academia Española escribió á Monseñor Tovar, con motivo de esta preciosa Alocución y de la Oración fúnebre por los mártires de la guerra, que damos más adelante, la siguiente hermosísima carta:

Monseñor Manuel Tovar:

Mi muy respetable y estimado compañero y señor: de los varios ejemplares de dos oraciones de U. que me ha enviado nuestro queridísimo amigo el señor D. Ricardo Palma están ya algunos en poder

santidad del tálamo nupcial, cuya entrada, como la del Paraíso, guarda el ángel de la castidad. A la manera de esforzado atleta, la Iglesia ha luchado, sin tregua y sin fatiga, contra todos los errores opuestos á la primitiva y venerable institución del matrimonio, desde la nefanda herejía, que lo ha negado ó maldecido, hasta la moderna herejía, que un resto de pudor legal, llama Matrimonio civil, y cuyo verdadero nombre, ni puedo ni debo yo decir, en este templo y en esta solemnidad.

Ha luchado, también, contra todas las pasiones: contra las más bajas y contra las más altas. Centinela armado del hogar, ha repetido siempre á todas las concupiscencias, lo mismo á las de la barbarie que á las de la civilización, la inmortal palabra de Juan Bautista al rey Herodes: *Non tibi licet*, no te es lícito; y la ha dicho, señores, vibrando el rayo de sus anatemas sobre los más encumbrados monarcas y perdiendo un reino, por no transigir, ni un punto, con la movilidad é inconstancia del corazón humano.

De una y otra lucha tenéis monumentos imperecede-

de las personas á quienes venían destinados y los demás serán oportunamente distribuídos, entre las que aún no han regresado á Madrid de sus expediciones veraniegas.

Por los que á mí se ha servido U. dedicarme le doy muy expresivas gracias; y al par me complazco en tributarle humilde pero muy cordial parabién. Es U. un orador tan conciso como elocuente, y tan legante como enérgico. ¡Qué hermosa frase: “la angusta debilidad del niño”, y cuántas hay de singular belleza en una y otra oración!

Poderse llamar compañero de hombres como U., alegra á veces, y á veces llena de confusión á su afmo. y respetuoso servidor

q. s. m. b.

Mmanuel Tamayo y Baus.

Madrid, 28 de agosto de 1887.

(NOTA DEL EDITOR).

ros en la sabiduría de sus leyes y en el rigor de sus censuras.

Y ha hecho bien, señores, en pelear tan sangrienta y reñida batalla; porque el matrimonio es la fuente misteriosa de las generaciones humanas; sus puras y cristalinas corrientes, infiltradas en las venas de la humanidad, engendran las familias; y con sus aguas vivificadoras se sustentan y crecen la Iglesia y el Estado, á la manera de dos majestuosos árboles, que entrelazan sus ramas para convidar al peregrino la apetecida sombra y el suspirado descanso.

¡Qué hermoso cuadro, señores, el de la familia cristiana! Allí todo es puro, todo es noble, todo es grande; la autoridad del Padre, la ternura de la madre, la angusta debilidad del niño. El padre es Rey: su cetro y su corona son los únicos que no ha deshonrado la Revolución; y ante la serena magestad de este príncipe, se inclinan reverentes las más altivas cabezas. El padre es sacerdote: por su ministerio, están ligadas á Dios las familias y los pueblos, por que es el primer anillo de la cadena de oro que une la tierra con el cielo. El padre es magistrado: al influjo de su palabra, florece la paz, huye la discordia y sonrío alegre la felicidad: en el tribunal de esta magistratura, se abrazan siempre cordialmente la caridad y la justicia.

De la madre cristiana, ¿quién puede decir todo lo que es, la grandeza que atesora y los beneficios que esparce? Es la mujer fuerte de la Escritura, la perla escondida del Evangelio, la heroína del sacrificio, la fuente desbordada de todas las ternuras; es una reina coronada por la modestia, es el ángel tutelar de su casa y de su campo; y es más que todo esto, señores, por ser la imagen visible y el instrumento palpable de aquella suave y amorosa Providencia de Dios, que dá galana vestidura á los valles, blanca cabellera á las montañas, calor al Sol y aguas profundas á la Mar.

En cuanto al niño, miradlo, señores, en su más abrigada y deliciosa cuna, en los brazos ó sobre las rodillas de su madre. ¡Qué escena tan encantadora y tan divina se presenta á nuestra vista, al contemplar á la inocencia protegida por el amor y á la debilidad sostenida por la abnegación! El oído humano no puede escuchar el inefable coloquio de miradas y de sonrisas, que se cambian recíprocamente el hijo y la madre; hay allí una corriente de felicidad y de vida, que los baña con sus ondas y los embriaga con sus perfumes, y todo un mundo de virginal poesía, digna de ser cantada por los ángeles. La paloma de la inocencia, que no halla donde poner un pie, en el diluvio de este mundo, encuentra un asilo en la cuna del niño, que es el arca misteriosa de la vida, preñada de esperanzas.

Todas estas grandes y santas cosas defiende y protege la Religión, al afirmar, con la infalible autoridad de su magisterio supremo, la unidad, la indisolubilidad y la inviolabilidad del matrimonio; al ennoblecer la unión de los esposos, mostrándola como el signo adecuado de la divina unión de Jesucristo con su Iglesia; al enseñar, por último, que el contrato matrimonial es inseparable de la dignidad y del honor del sacramento.

Al mismo tiempo que la Iglesia predica estas doctrinas sobre la excelencia del matrimonio cristiano, mantiene siempre en alto, el gloriosísimo estandarte de la virginidad y del celibato eclesiástico, expuesto á todos los vientos de la tentación y de la gracia; y no se contradice por ello, como pretende creerlo el sensualismo moderno. ¡Cómo, señores! ¿No llenan acaso una inmensa necesidad social esas pacíficas legiones de la virginidad, que peregrinan por el mundo, buscando al enfermo para curarlo, al triste para consolarlo, al ignorante para instruirlo, al criminal para regenerarlo, y que abrazan con amor á la deshonra misma, para traerla arrepentida y llorosa á los pies de Jesucristo?

¿No os parece bien, señores, que, entre este mundo prevaricador y la justicia irritada de su Dios, se interpongan ángeles de paz, que, con labios puros y manos virginales, murmuren y eleven al cielo la plegaria del perdón?...Y, en cuanto al sacerdocio real de N. S. J. C., yo apelo, señores, á vuestras conciencias y al profundo sentido moral de vuestras almas, y os pregunto: si no debe ser virginal el corazón que recibe las íntimas confidencias del dolor y del pecado; sino no deben ser puras las manos que derraman sobre el hombre las bendiciones del Altísimo; sino no deben ser santos los labios que guardan y dispensan la sabiduría del cielo? Yo se que os domina, señores, una impresión poderosa, que desbarata todos los sofismas y es superior á todas las demostraciones; es el sentimiento íntimo de la conciencia humana, que tributa á la virginidad el homenaje profundo de su admiración y su respeto.

La Iglesia tiene, señores, la incomparable gloria de sostener en el mundo estas dos grandes y nobilísimas causas: la del matrimonio y la de la virginidad, que se apoyan y protegen mutuamente, porque son las dos grandiosas columnas, que sustentan el inmenso edificio de la civilización cristiana.

En la primera de estas dos santas milicias, habéis querido alistaros, tú, querida hija, y tú, amado esposo. Habéis venido á poner al cielo por testigo de vuestro amor; á decir á la Iglesia y á la sociedad que os dáis el uno al otro, para vivir casta y santamente en matrimonio; y á pedir á la Religión sus bendiciones y sus gracias, para que sea inviolable vuestra unión, feliz y numerosa vuestra descendencia y sin eclipse y sin ocaso el sol de vuestra dicha.

Tales son vuestros deseos y tales son también los votos más ardientes de mi corazón.

Quiero para ti, oh esposo, la noble y honrosa felicidad del trabajo; que tu esposa sea como frondosa

vid que dilate sus ramas en todos los muros de tu casa; que tus hijos, como los verdes renuevos del olivo, llenen y alegren la mesa de tu hogar.

Quiero para ti, oh esposa, la dulzura de Raquel, la prudencia de Rebeca, la fidelidad de Sara, el suave yugo del amor y de la paz, que imprima en todas tus acciones la gravedad del pudor y la discreción de la sabiduría.

Quiero para ambos que sea perpetuo el vínculo de vuestro amor; que veáis juntos á los hijos de vuestros hijos; que una corona de amigos circunde siempre vuestra mesa; y que un ángel del Señor, como en otro tiempo á Sara y á Tobías, guíe vuestros pasos, consuele vuestras penas y no se aparte de vuestro lado hasta que ilumine vuestras frentes con una gloria inmortal.



XLIII

San Alfonso María de Ligorio

Panegírico pronunciado en la Iglesia de los PP. Redentoristas de la ciudad de Lima, el Domingo, 7 de Agosto de 1887, en que se celebró el primer centenario de su preciosa muerte.

Iste erat lucerna ardens et lucens

Ev. S. Juan, cap. 5, v. 35.

Excmo Señor (1)

Señores:

Cuando S. Francisco de Jerónimo, teniendo entre sus brazos al niño Alfonso de Ligorio, anunció á sus ilustres padres que llegaría á la más extrema ancianidad, que sería elevado á la dignidad episcopal y que haría grandes cosas por la gloria de Jesucristo, estuvo muy lejos, sin duda, de abarcar, en su mirada profética, el inmenso cuadro de una vida, que irradiaría sobre la Iglesia vivísimos esplendores de sabiduría celestial y de las más heroicas virtudes.

(1) El Excmo Monseñor Benjamín Cavichioni, Delegado Apostólico.